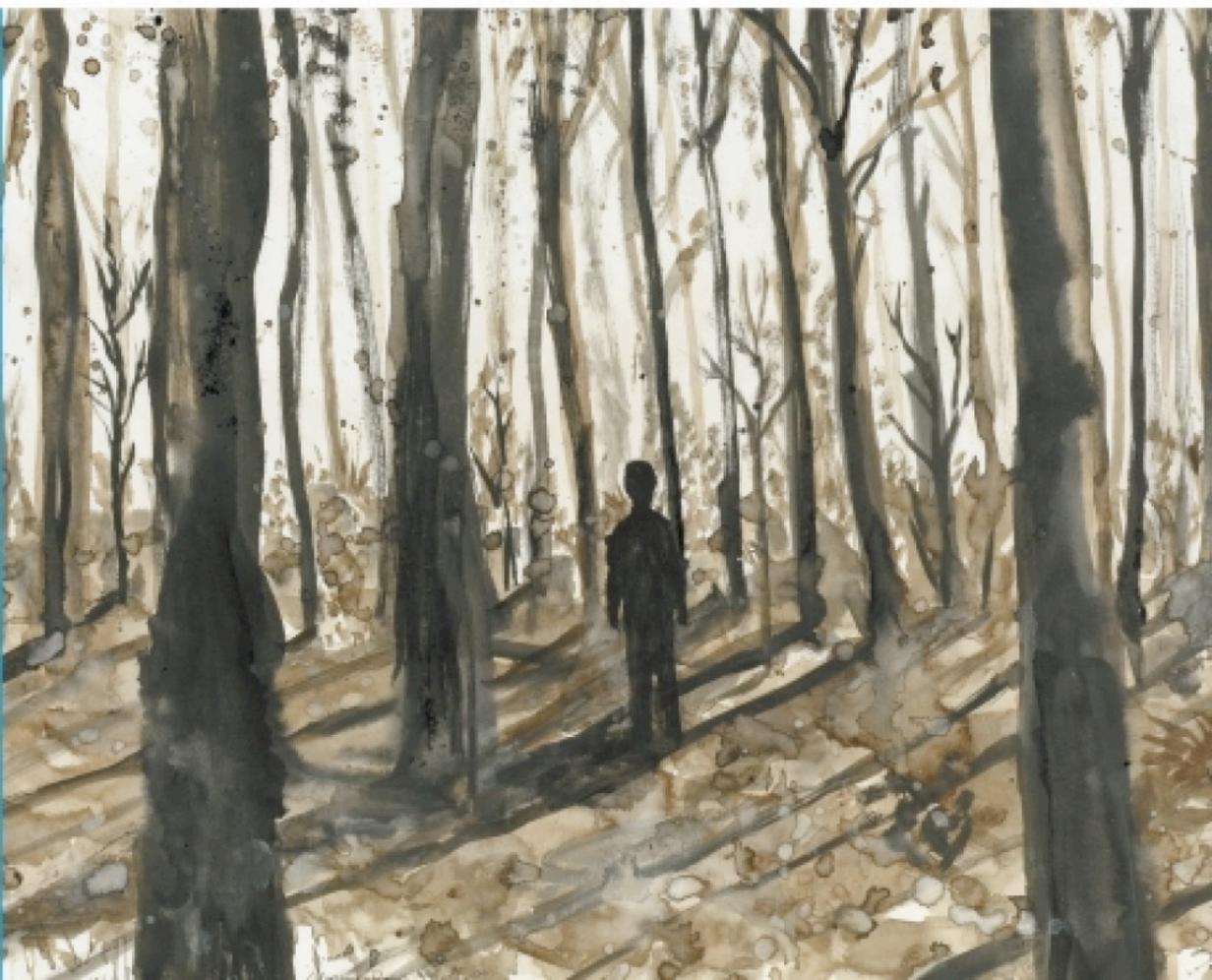




SI TÚ ME DICES VEN LO DEJO TODO...
PERO DIME VEN UNA NOVELA DE ALBERT ESPINOSA



SI
TÚ
ME
DICES
VEN
LO
DEJO
TODO...
PERO
DIME
VEN
**ALBERT
ESPINOSA**

SI
TÚ
ME
DICES
VEN
LO
DEJO
TODO...
PERO
DIME
VEN

ALBERT
ESPINOSA

Grijalbo

Primera edición: marzo, 2011

© 2011, Albert Espinosa Puig

© 2011, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-253-4607-1

Depósito legal: B-4.191-2011

Compuesto en Comptex & Ass., S. L.

Impreso en Novagrafik

Pol. Ind. Foinvasa

c/Vivaldi, 5. 08110 Montcada i Reixac

Encuadernado en Encuadernaciones Bronco

GR 4 6 0 7 1

*Dedicada a todos
los que siguen queriendo ser diferentes
y luchan contra aquellos
que desean que seamos iguales...*

Escrito durante el verano del año 2010
por aire, mar y tierra en...

Menorca, Ibiza, l'Escala, Cabrils,
Barcelona, Las Pungolas,
Zurich y Helsinki...

Índice

1. Si tú me dices ven lo dejo todo... pero dime ven	15
2. Es difícil gozar con un «Te quiero» propio	19
3. La soledad del que no tiene a nadie esperándole	27
4. Hay veces que una pareja arrastra tanto que ni el amor es suficiente.	35
5. Bombillas que se encienden cuando un Edison se apaga.	43
6. Olvidar el olor por las prisas	53
7. Demostrar emociones que no sientes es algo rentable en este mundo	59
8. «Amar» sólo se puede conjugar en pasado	71
9. Si te pierdes de pequeño, no te perderás de mayor.	77
10. Los pañuelos rojos ocultan los morados.	89
11. Son parte de mí... Reflejos de mi mirada.	97
12. Todo lo que antes había sido amor	107
13. Aprender a caer antes que a caminar.	113

14. Una mano llena de esperanza y un cheque en blanco	123
15. Mi segunda UVI	131
16. La incomprensión de las lágrimas ajenas	145
17. La intensidad de una anécdota en movimiento en otro cuerpo.	151
18. El enano vuelve hecho un adulto	167
19. No era una búsqueda, era una cacería	173
20. Ser quien eres o convertirte en lo que creen que eres	183
21. El hijo dentro del hijo.	191
22. Ven... y voy	197

Cuando crees que conoces todas las respuestas, llega el Universo y te cambia todas las preguntas...

JORGE FRANCISCO PINTO,
maestro

1

SI TÚ ME DICES VEN

LO DEJO TODO...

PERO DIME VEN

Recuerdo como si fuera hoy cuando ella me dijo: «¿No deseas poder ser feliz en todos los aspectos de tu vida...? ¿No tener que aceptar nada que no te agrade...? ¿Sentir que la vida es controlada por ti en lugar de ir a rebufo de ella en el vagón 23...?».

No respondí...

Sólo resoplé, resonó un montón de aire saliendo de mi nariz y apareció mi diente roto tras una sonrisa de esperanza.

Y no dije nada, porque cuando llevas años aceptando que tu vida es lo que te pasa y no lo que originas... Pues, lamentablemente, te acabas acostumbrando.

Seguidamente ella añadió: «¿Conoces una vieja canción que dice “Si tú me dices ven lo dejo todo”?».

Volví a afirmar en silencio; no me salían las palabras, la emoción me tenía atrapado. Mi garganta era incapaz de crear sonido alguno.

Ella continuó: «Pues siempre he creído que a esa canción le falta algo... Debería ser: “Si tú me dices ven lo dejo todo... pero dime ven”».

Finalmente me miró y me soltó las tres preguntas que llevaba años deseoso de que alguien me hiciera: «¿Quieres o no quieres controlar tu vida? ¿Quieres o no quieres ser dueño de todos tus momentos? ¿Quieres?».

Y dije que sí, el sí más alto y más potente que ha salido de mis cuarenta años de vida.

Un sí que contrastaba con el no más rotundo que había escuchado muy pocas horas antes...

Y tenéis que entender ese «no» antes de que os hable de ese «sí». Si no todo carecerá de sentido y no comprenderéis absolutamente nada.

Por ello, es imprescindible que conozcáis lo que pasó en las horas previas a conocer a la mujer que cambiaría la forma de ver mi vida y mi mundo.

Vayamos a ese «no»...

2

ES DIFÍCIL COZAR
CON UN
«TE QUIERO» PROPIO

Unas cuantas horas antes discutía con mi pareja. Nada extraño ni grave en nosotros, últimamente siempre discutíamos.

Si alguien nos hubiese visto pensaría que estábamos al borde de la ruptura, pero tan sólo era nuestro día a día.

Eran las siete y media de la mañana. Pensé que pronto amanecería y que aún necesitábamos dos horas más de conversación y quizá hasta unos buenos veinte minutos de sexo posterior para hacer las paces. Todo aquel tiempo que faltaba me producía una sensación extraña de *déjà-vu*.

Las parejas y sus ritos. Las parejas y sus códigos.

Toda pareja tiene su código de discutir, de hacer el amor, de perdonarse y hasta de reprochar las cosas al otro.

Pero aquel día el código se rompió, no hubo dos horas más de conversación ni veinte minutos de sexo posterior... Lo supe cuando noté su mirada en mí... Era una mirada que desconocía, no iba acompañada de ninguna palabra.

Ella siempre que me miraba me hablaba, era una de sus muchas virtudes que me alucinaban. Quizá porque no la poseía... Quitar el sonido a su mirada me heló completamente.

Parecía que estaba a punto de decirme algo del estilo: «Esto no funciona...», «Estoy harta de discutir...» o «Por qué somos así si nos queremos tanto...». Pero tan sólo me miraba...

Y justo en ese instante, mientras seguía observándome de aquella manera tan extraña e intensa, pensé en una frase que había escuchado hacía meses en un espectáculo de danza.

La función era un homenaje a Freddy Mercury y a otros artistas que habían muerto jóvenes... O quizá iba sobre algo diferente, no lo recuerdo.

A mí no me gusta la danza, pero me encanta ver cuerpos en movimiento y músicas desconocidas puestas al ritmo de una coreografía. Salgo totalmente estimulado en el sentido emocional de la palabra.

Y a veces, como aquel día, escucho en esos espectáculos frases que son dardos directos al corazón.

Aquella noche, el danzarín principal declamó entre movimiento increíble y estiramiento imposible: «Nos dijisteis que hiciéramos el amor... y no la guerra. Os hicimos caso, ¿por qué entonces el amor nos hace la guerra?».

Sonreí al recordar aquella frase, ella seguía mirándome fijamente y de repente lo soltó.

—Debo dejarte, Dani.

Debo... Debo... Esa obligación me perforó.

A mi cabeza llegó el verbo traducido al inglés. Ese «*must*» que siempre me ha parecido una palabra elegante. Pocos vocablos tienen un significado tan claro, y sabes que al utilizarlos te estás posicionando en un sentido o en otro.

—¿Debes? —le pregunté.

—Debo...

Se produjo un nuevo silencio.

Decidí insistir.

Y qué mejor que con nuestra forma particular de decir «Te quiero». Toda pareja tiene una manera única. La nuestra tenía que ver con la primera película que vimos juntos. Yo la había visto hacía años en un momento especial de mi vida y por ello decidí compartirla con ella, por todo lo que me marcó a mí.

Era el magnífico film de Jean-Luc Godard, *Al final de la escapada*. Nunca Belmondo ha sido más Belmondo que en ese metraje.

Nuestra secuencia siempre fue una que transcurría en un coche; en ella se decían muchas frases, pero nosotros nos quedamos con tan sólo tres y siempre las decíamos seguidas, sin pausa, tal como las habíamos escuchado y nos habían impactado...

Ésa era nuestra forma de decirnos «Te quiero». Jamás había fallado sacar ese trío de frases en una discusión o en un momento tenso.

Yo decía la primera y la tercera frase; ella la segunda. Aunque a veces era al revés. Dependía de quién necesitaba volver a traer al otro a la cordura, al amor...

No las utilizábamos casi nunca.

La clave de que algo tan mágico funcionase era que tan sólo se podía invocar en situaciones desesperadas.

La miré fijamente, quería que supiese que era uno de esos momentos.

—No puedo vivir sin ti —dije poniendo en mi rostro todos los tics de Jean-Paul Belmondo que pude generar.

Ella me miró y no dijo nada. Volví a la carga:

—No puedo vivir sin ti.

Ella me observó por segunda vez.

Negó con los ojos, después con la cabeza y finalmente soltó el «no» más contundente que he escuchado en mi vida. Fue un «no» tan rotundo que supe que todo se había acabado.

Aunque quizá no hacía falta; no haber seguido aquel juego ya era la señal indiscutible del fin de todo.

Intenté el contacto físico, lo último que me quedaba. Me acerqué a ella pero me rechazó antes de que llegase a tocarla.

Sabía que podía haber casi quince buenas razones que explicarían por qué quería abandonarme, aunque una ponderaba más que todas las otras juntas.

Justo cuando iba a preguntarle el porqué sonó mi móvil de trabajo. Lo utilizaba únicamente para casos extremos laborales.

Dudé si cogerlo, sabía a la perfección que no era el momento y sería la gota que colmaría el vaso... Pero, no sé bien por qué acabé contestando.

Tan sólo pronunciar «Diga», ella se marchó hacia nuestra habitación.

Justo entonces recordé el gran consejo que me había dado uno de mis maestros, un buen hombre que conocí cuando me iban a extirpar las amígdalas.

Sólo coincidí con él unos pocos días en aquel hospital

de mi ciudad natal, pero marcó parte de mi vida. Hacía tiempo que no pensaba en él, creo que demasiado... Pero ese «no» me había transportado a él inmediatamente...

Supongo que debo hablaros de él, ya que sin conocer lo que viví a su lado hace treinta años es difícil comprender por qué soy como soy y por qué ella no quiere seguir estando conmigo.

Y es que me convertí en quien soy gracias y por culpa del Sr. Martín.

Sin embargo, antes de dejar que mi memoria vuelva al pasado, y escuchando como banda sonora de ese instante el extraño sonido que ella produce al llevarse todas las cosas de nuestra habitación, debo decir ese trío de frases godardnianas que una vez significaron para nosotros «Te amo»...

«No puedo vivir sin ti...

»Sí que puedes...

»Sí, pero no quiero.»

Me las susurré a mí mismo suavemente, dulcemente...

Pero es difícil gozar con un «Te quiero» propio.

3

LA SOLEDAD
DEL QUE NO TIENE A NADIE
ESPERÁNDOLE

El día que conocí al Sr. Martín, yo ingresaba en el hospital con diez años, para perder las amígdalas, y él estaba a punto de desprenderse de un pulmón y medio.

Yo tenía tanto miedo cuando entré en aquella habitación que conseguí que se sintiera cómodo con el suyo propio.

—Pensaba que yo era la persona con más miedo del mundo, pero veo que tú triplicas el mío. Eso me tranquiliza —me dijo muy serio.

Era muy grande, medía casi dos metros y rozaba los 150 kilos.

Todo en él era inmenso, superaba los noventa años y su barba grisácea inundaba todo su rostro.

Me habría dado miedo si me lo hubiera encontrado en la calle, pero allí, con aquella bata que no le cubría ni el culo, me parecía totalmente inofensivo.

Mis padres habían ido a firmar mi ingreso; me alegré de que no los conociera. En aquella época aún sentía vergüenza de ellos.

Mi gran aliada contra aquel gigante era aquella enferme-

ra que parecía no interesarse mucho por mí, pero que cumplía los cánones de estatura, peso y edad.

Pero mi escudo desapareció al poco de acomodarme en aquella enorme cama.

Así que me quedé solo junto a la persona más impresionante con la que he compartido respiración en mi vida. Nadie más me ha robado tanta ni he sentido tan cerca la suya propia.

Nos quedamos en silencio. Él no paraba de mirarme.

Fueron casi dos minutos iniciales de gran tensión. Él oía mi miedo, pero no parecía que fuera a atacarme. Finalmente rompió el instante...

—Me llamo Martín. ¿Y tú?

Me tendió la mano. Yo dudé si encajarla.

Mis padres me habían enseñado que jamás debía saludar a desconocidos. Aunque, teóricamente, Martín no era un desconocido completo, ya que dormiría junto a él durante las siguientes tres noches si nada se complicaba.

Era curioso, era un desconocido que debía convertirse rápidamente, por obligación, en alguien cercano.

—Dani...

Me salió casi como un susurro. Pero creo que me oyó.

Apreté con fuerza la mano que me tendía. Él sonrió y no apretó nada. Fue un bonito gesto sentir que tenía más fortaleza que él.

Estuve a punto de decirle algo, pero justo en ese instante apareció un celador para llevárselo al quirófano.

El camillero le habló fuerte. Manías que tiene la gente

con las personas mayores. Creen que les facilitan la vida subiéndoles el tono o bajándoles el ritmo vital.

—Sr. Martín, es hora de ir al quirófano. ¿Dónde está su acompañante?

El Sr. Martín le indicó con la mano que bajara el tono. Fue divertida la forma como lo hizo.

—No tengo acompañante —replicó seguidamente, sin ningún tipo de vergüenza.

—¿No tiene a nadie que le espere fuera mientras le están operando? —repitió aquel chaval veinteañero con un tono que rozaba la grosería.

—Tengo muchos que me esperan fuera si la cosa va mal, pero nadie si la cosa va bien.

Ahora el celador era quien sentía vergüenza.

—Lo siento —musitó.

—Yo no. Mi tiempo ya no es éste. Es normal entonces que ya no tenga a mi gente conmigo, ¿no?

Un nuevo silencio nos absorbió a los tres.

Yo nunca había imaginado que alguien no tuviese a nadie sufriendo tras una puerta de quirófano. Nadie a quien el médico pudiera salir a tranquilizar por la tardanza o por los problemas derivados de alguna complicación.

—¿Qué le van a hacer? —pregunté poniendo el mejor tono de adulto que supe imitar.

Él se volvió y clavó de nuevo su mirada en mí.

—Me van a dejar medio pulmón dentro. Lo justo para poder respirar y soltar un poco de aire. Aunque tampoco necesito mucho más a mi edad. Me han dicho que se pue-

de vivir hasta con un cuartito de pulmón. Así que me sobra...

Me quedé tocado. Yo perdía unas amígdalas y vendrían para estar conmigo mis padres, los dos abuelos que me quedaban y mi hermano. Él perdía parte de su respiración y no tenía a nadie a su lado...

Creo que en aquel instante descubrí que el mundo era injusto. A partir de ahí he sido testigo de tantas injusticias que he dejado de contarlas y he convivido con ellas sin inmutarme.

—Yo le esperaré fuera —solté casi sin darme cuenta de lo que decía.

Él sonrió por primera vez. En su sonrisa había mucha felicidad.

Se acercó a mí y me abrazó. Y con el abrazo me llegó todo el miedo que sentía ante aquella operación que le privaría de aspirar tanto aire como desease.

—Gracias —me susurró—. Hace más ilusión salir de ahí dentro si sabes que alguien te va a esperar aquí fuera. Me dará la sensación de que actúo para alguien y eso es importante... ¿Sabías que en teatro sólo actúan si hay como mínimo tantos espectadores como actores interpretando?

Negué con la cabeza.

—Ahora ya puedo actuar, porque tengo un espectador observándome. Lo haré bien por ti.

El abrazo cesó y dejó de susurrarme cosas.

El celador se lo llevó y cuando me quedé solo fue cuando comprendí la gran responsabilidad que había aceptado.

Él estaría cerca de ocho horas en aquel quirófano y yo estaba decidido a comportarme como su fiel acompañante.

Un chico de diez responsable de un hombre de noventa.

Me pareció algo normal en aquel tiempo... En este momento, lo encuentro extraño.

Aunque ahora todo era diferente, sin ella, sin nuestro código de amor, me había quedado un poco huérfano.

Sé que queréis saber si el Sr. Martín volvió del quirófano con su medio pulmón, pero yo debo seguir contándoos el viaje que hice hasta encontrar a aquella señora que creía que a algunas canciones de amor les faltaba un verso para ser completas.

Es por ello por lo que debemos regresar a la llamada y al nuevo trabajo que me querían encargar...